

ELOY MORENO

# INVISIBLE

NUBE **DE TINTA**

Papel certificado por el Forest Stewardship Council\*



EDICIÓN NO VENAL – PROHIBIDA SU VENTA Y REPRODUCCIÓN

Primera edición: noviembre de 2020  
Primera reimpresión: noviembre de 2020

© 2020, Eloy Moreno  
© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.  
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-17605-53-7  
Depósito legal: B-11.683-2020

Compuesto en La Nueva Edimac, S. L.

Impreso en Limpergraf  
Barberà del Vallès (Barcelona)

NT 0 5 5 3 7

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

# EL DRAGÓN



Camina por la calle llorando, pero sin derramar ni una sola lágrima. Quizás porque estas han preferido permanecer alrededor de su mirada, creando así un escudo que le ayude a difuminar la realidad.

Es el dragón el que arrastra ahora a un cuerpo que se niega a avanzar, que se detiene a cada paso imaginando lo que podría haber ocurrido si el tren hubiese llegado un segundo antes, si el niño se hubiera apartado un segundo después.

Un cuerpo que ha decidido no volver a cerrar los ojos nunca más, soportando así el peso del dolor en sus pupilas. Se muerde el labio inferior hasta que llega el sabor de la sangre, aprieta los puños hasta que sus uñas le tatúan la piel; respira con dificultad, como si fuera ella la que ahora tuviera un elefante en el pecho...

Continúa caminando sin levantar la mirada del suelo, como cuando era pequeña y pensaba que así los monstruos no se darían cuenta de que existía.

Tras varias calles y miles de pensamientos, se detiene, por fin, en una esquina. Ya casi ha llegado. Levanta la cabeza y observa con los ojos borrosos la acera de enfrente. Localiza el edificio que busca.

No tiene nada de especial... es un edificio más en el interior de una maraña de vidas, tan parecido a los de su alrededor, tan común, tan... Aun así ella sabe que es ese.

Respira hondo y, sin ni siquiera mirar el alrededor, comienza a andar intuyendo que el dragón le va a proteger de cualquier peligro.

Cruza la calle.

Da unos cuantos pasos más hasta que llega al portal. Suspira, en realidad no sabe si está preparada para lo que va a encontrarse allí dentro, para iniciar una de esas conversaciones en las que cada palabra tendrá un agujón.

Vuelve a suspirar dos o tres, o cuatro, o cinco veces más, hasta que, finalmente, entra. Y lo hace manteniendo el peso de las lágrimas en el interior de unos ojos que aún no se han atrevido a parpadear.

Y llama al ascensor, que aparece de inmediato.

Y una vez en su interior pulsa con suavidad el botón del cuarto piso.

Y el ascensor sube. Y ella con él.

Y el dragón también sube con ellos.

Es al salir al rellano cuando se queda mirando fijamente el número que hay sobre una de las tres puertas que le rodean: 4b.

Silencio.

El ascensor ni siquiera susurra al cerrar sus puertas. Desaparece hacia los pisos inferiores, como si quisiera huir de una situación que se prevé tan incómoda como dolorosa.

Es justo en ese momento cuando, por fin, la mujer cierra los ojos dejando que una cascada de lágrimas se derrame sobre el felpudo de la entrada: *Bienvenidos*.

Y se queda ahí, a la espera, sabiendo que nadie va abrirle.  
Y lo sabe porque conoce demasiado bien a la mujer que vive en el interior de ese piso, pues es la misma que ahora está frente a la puerta decidiendo si entrar o no.

\* \* \*

Una vez en el interior de su propio hogar va directa a la habitación que la vio despertar esa misma mañana. Allí comienza a quitarse la ropa: una chaqueta que no ha podido protegerle del frío interior, del que aparece cuando el mundo se deshace; unos zapatos manchados de barro, rabia e impotencia; un vestido salpicado de sangre ajena que le recuerda que lo ocurrido ha sido real...

Se queda desnuda frente al espejo y es ahí, al mirarse, cuando se da cuenta de que no está sola. Sabe que él continúa justo detrás de ella, sobre su piel. Sabe también que si desea verlo solo tiene que darse la vuelta y, de espaldas al espejo, girar su cabeza ligeramente hacia atrás.

Y lo hace, y lo ve.

Ve a un dragón que nació hace muchos años, cuando ella tenía más o menos la misma edad que ese chico que casi desaparece delante de un tren. El problema es que nació tarde, cuando su espalda había dejado de ser inocente, cuando sintió un dolor tan intenso que creyó que iba a morir allí mismo, en el suelo.

Apaga la luz y, lentamente, los dos se acuestan en la cama. Ella boca abajo para dejar respirar a un dragón que ha quedado exhausto tras lo ocurrido en las vías.



Es allí, en ese momento de intimidad mutua, cuando ambos hablarán sin palabras, en una conversación imposible donde recordarán lo que ocurrió hace ya muchos años, el día en que ella casi muere, el día en que nació el dragón.

\* \* \*

Era un día más en la vida de una niña que siempre llegaba a clase acompañada por el miedo; que salía de casa deseando que fuera ya la hora de volver.

Una niña que solo se sentía segura en el interior de su habitación. Cuatro paredes repletas de seres mitológicos y lugares tan imposibles en la vida real como normales en los libros que leía.

Y entre todas las imágenes que decoraban la habitación un dragón gigante ocupaba gran parte del techo.

Un dragón al que, durante muchos años, le había estado contando todo lo que le ocurría en su día a día. Un dragón al que le pedía la ayuda que nadie le sabía dar.

Era su habitación ese refugio donde encontraba la compañía y seguridad que nunca recibía en el mundo real.

Una niña que únicamente dormía feliz las noches de los viernes y los sábados, pero que empezaba a temblar cuando el domingo se acababa. Un cuerpo que no quería despertar por las mañanas porque conocía la soledad que se iba a encontrar al cruzar el portal de su casa.

Ya no quedaba con Sara, ni con Martina, ni siquiera con Laura, tres de sus mejores amigas, de esas que se fueron alejando de ella cuando se convirtió en víctima.

Ahora caminaba sola, vigilando cada una de las esquinas en el trayecto, dejando caer la vista hacia el suelo justo cuando se acercaba a ese lugar donde solo encontraba sufrimiento. Quizás porque imaginaba que si no miraba a los monstruos, estos no se darían cuenta de que había llegado.

Una niña que últimamente solo veía dos soluciones a su futuro: convertirse por arte de magia en adulta o... tomar la decisión de no llegar a serlo nunca.

En realidad ni siquiera recordaba en qué momento había ocurrido. Simplemente le tocó a ella, no era ni muy alta, ni muy baja, ni muy guapa, ni muy fea... no había una excusa con la que poder justificar el comportamiento de sus agresoras.

Aquella mañana, la niña salió de casa preparada para recibir patadas, empujones y golpes de cualquier tipo; salió también preparada para que le escupieran en el almuerzo o en su propio cuerpo; para que le robaran la mochila y se la dejaran perdida en cualquier lugar; salió, sin duda, también preparada para las miradas de desprecio, para ser ignorada y deambular en soledad en el recreo... Para lo que no estaba preparada fue para lo que ocurrió aquel día... en realidad nadie lo estuvo.

¿Se podría haber evitado? Fue la pregunta que muchos se hicieron después de lo ocurrido, cuando tras el desastre solo queda el lamento.

Sí, claro que se podría haber evitado, muchos lo podrían haber evitado: sus compañeros de clase, las amigas que nunca lo fueron, incluso las que dejaron de serlo; los profesores que lo sabían, y los que no hicieron nada por saberlo; el director del centro; los padres que sospechándolo pensaron que no iba con ellos, incluso sus propios padres si alguno de los días en que la niña llegaba manchada hubieran insistido más en averiguar la realidad... Cualquiera de ellos lo podría haber evitado, pero tendrían que haberlo hecho antes, mucho antes; ese día ya no, ese día los dados ya habían sido lanzados.

Lo que esa niña nunca pensó al salir de casa aquella mañana es que, por fin, el deseo que le pedía cada noche al dragón que vivía en su techo se iba hacer realidad: *no quiero volver más al colegio.*

\* \* \*

*Ha sido una broma* era la frase que lo justificaba todo. *Ha sido una broma*, cuando le escondían la cartera. *Ha sido una broma*, cuando le empujaban y aquel pequeño cuerpo caía al suelo. *Ha sido una broma*, cuando en gimnasia le quitaban la ropa, cuando le escupían en la comida, cuando le escribían la palabra puta junto a su nombre en la pizarra... pero si *solo ha sido una broma*.

Y sí, lo que iba a ocurrir ese día también iba a ser una broma.

Fue en la hora del comedor, uno de los peores momentos del día para una niña que nunca tenía hambre.

El ritual era, más o menos, todos los días el mismo. Ella se sentaba a solas, sintiéndose continuamente observada, vulnerable. Comía algo, muy poco, y se quedaba a la espera de que sus monstruos se acercaran. Cuando ya estaban junto a ella casi siempre le tiraban algo de comida encima para que tuviera que ir el resto del día con la ropa manchada. Unas manchas que siempre intentaba disimular al llegar a su casa para que las preguntas no destapasen una verdad demasiado dolorosa.

Pero aquel día... aquel día algo cambió en el interior de la

niña, quizás porque estrenaba un precioso vestido que le habían regalado, quizás porque todo, hasta el miedo, tiene un límite o simplemente fue que ya le estaba naciendo el dragón.

Aquel día decidió que no iban a mancharle el vestido. Por eso, en cuanto vio que se acercaban, comenzó a comer todo lo rápido que pudo para que así, cuando llegaran ya no pudieran tirarle nada encima.

Pero la maldad no se rinde fácilmente, y los monstruos, al ver lo que hacía, buscaron una alternativa. Uno de ellos se acercó a otra mesa y cogió un plato con restos de sopa.

Las tres sonrieron desde lejos, dejando claro quién iba a ser la víctima.

Lentamente se fueron acercando a ella.

Sonó el timbre.

Y cientos de cuerpos comenzaron a abandonar una estancia que cada vez se quedaba más a solas, más en silencio.

La niña, temblando, miró a todos lados buscando una salida, un lugar por donde escapar de la realidad que se le venía encima.

Y la vio, la puerta de la cocina.

Se levantó y salió corriendo hacia allí.

Pensó que dentro estaría alguna de las cocineras. Pero al entrar se encontró con algo que no esperaba: allí no había nadie. Quizás habían salido a tirar la basura o a fumarse el último cigarro de la jornada... Estaba sola.

Comenzó a temblar porque sabía que ya no le daba tiempo a buscar otra salida.

La puerta se abrió y los tres monstruos entraron.

Lo que vino después simplemente fueron las consecuencias de lo que todos veían pero nadie quiso detener. Porque las consecuencias, tarde o temprano, te alcanzan.

\* \* \*

La niña, temblando, se agachó y comenzó a gatear por la cocina, quizás con la intención de que el tiempo jugara a su favor y, de un momento a otro, apareciera algún adulto y todo aquello simplemente acabara en un susto, en una broma.

De rodillas fue avanzando hacia la parte contraria a la puerta, hacia el final de la cocina. Desde esa perspectiva podía ver perfectamente como las piernas de los monstruos se acercaban a ella.

*Te hemos visto, sabemos donde estás,* le susurraban desde arriba.

La niña se ovilló como un animal indefenso en el rincón más alejado de la puerta, justo al lado de los grandes fogones.

*Solo queremos darte un poco más de sopa. Hemos visto que has comido muy rápido y puede que te hayas quedado con hambre.*

La niña, sentada en el suelo, se abrazaba las piernas con sus propias manos. Fue justo en ese momento cuando se arrepin-



tió de haber intentado evitar una humillación a la que, al menos, ya estaba acostumbrada.

Durante unos instantes solo hubo silencio.

Por un momento la niña pensó que los monstruos habían visto a alguien y habían decidido salir de allí.

Fue entonces cuando se desencadenó todo.

*¡Aquí estás!*, gritó una de ellas mientras las otras dos reían.

Y lo que pasó a continuación nadie lo recordará de la misma forma, aunque ninguno de los que estuvieron allí lo olvidará en su vida. Los monstruos simplemente dirán que fue una broma. La niña nunca encontrará palabras para describirlo.

\* \* \*

*¡Aquí estás!*

Y ante ese grito, la niña, instintivamente, se levantó de golpe con la intención de huir de allí, de correr hacia la salida.

De lo que no se dio cuenta al realizar ese movimiento fue que, sobre ella, había un mango que sobresalía ligeramente de la encimera. Un mango que a su vez se unía a una gran sartén que en ese momento estaba calentando aceite para preparar la comida del día siguiente.

Fue en el inicio del movimiento, al levantar su espalda, cuando esta golpeó el mango moviendo bruscamente la gran sartén hacia un lado, desplazándola hacia el exterior, justo en la arista del desastre. Un golpe que le hizo, instintivamente, agacharse de nuevo.

A partir de ese momento la gravedad hizo el resto. La gran sartén cayó lenta, pero irremediablemente, sobre ella, derramando parte del aceite en su espalda.

Primero lo hizo sobre un precioso vestido que apenas pudo protegerla un segundo. Fue esa misma tela la que, junto al aceite, se quedó tatuada sobre la piel de una niña que, tras gritar como nunca lo había hecho en su vida, se desmayó de dolor allí mismo.

Un grito que huyó hacia el exterior, atravesando los cuerpos de los monstruos, recorriendo cada uno de los rincones del colegio, escapando a la calle, a la ciudad, al mundo... Un grito que acabaría, con el tiempo, atravesando también miles de conciencias.

Los monstruos, en cuanto vieron lo ocurrido, salieron de allí corriendo, dejando el cuerpo de la niña en el suelo.

\* \* \*

*Así nació yo*, le susurra el dragón a una mujer que no es capaz de encontrar el sueño en una noche donde los recuerdos le golpean cada pensamiento.

Llora.

Y cierra los ojos con fuerza, dejando que las lágrimas escapen por las esquinas de sus párpados.

Coge aire y hunde su cabeza en la almohada. Sabe que si se concentra en aguantar la respiración, el dolor se difuminará... al menos durante unos instantes.

Diez segundos, veinte, treinta, cuarenta...

Levanta de golpe la cabeza abriendo todo lo que puede la boca para respirar.

Hoy ni siquiera eso le funciona. Llora de nuevo.

Se siente tan pequeña, tan impotente... tan perdida en un mundo que no comprende.

Y piensa en ese niño, en todos esos niños que en lugar de disfrutar de la vida están deseando que se les acabe.

*¿Hasta cuándo?*, le pregunta al dragón.

*¿Hasta cuándo?*, *¿Hasta cuándo?*, *¿Hasta cuándo?*...

*Quizás hasta que el ser humano comience a ser humano*, le susurra el dragón mientras rodea el cuerpo de la mujer con sus alas.

Ella nota un escalofrío en su espalda y poco a poco se calma.

Aún así no puede evitar recordar aquel día: comiendo deprisa, huyendo de los monstruos, entrando en la cocina, acurrucándose en el suelo... y, de pronto, la sensación de su piel deshaciéndose por dentro. Dolor, dolor, dolor... un dolor tan intenso que se le paró el cuerpo.

Llora de nuevo.

Hunde su cabeza en la almohada. Diez segundos, veinte, treinta... Vuelve a respirar.

Se tranquiliza...

Ambos saben que será una noche larga.

*Ojalá te hubiera tenido cerca entonces*, le susurra la mujer entre lágrimas.

*Ojalá nunca me hubieras tenido que conocer*, le contesta el dragón.



Esta novela va dedicada a todas esas personas que,  
independientemente de su edad,  
se han sentido alguna vez invisibles.

Para vosotros, para nosotros.

Para que nunca nunca nunca  
dejéis de buscar vuestra Luna.  
Ni vuestro dragón.

Gracias.

